

CONMEMORACION DEL CENTENARIO DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES

PARTIDA DE MENDOZA. - PASO DE LOS ANDES. - TRIUNFO DE CHACABUCO

(ENERO 19 — FEBRERO 12 DE 1817)

«Haz las cosas pequeñas como si
fuesen grandes, y llegarás a hacer
las cosas grandes como si fuesen
pequeñas.»

BUENOS AIRES
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO J. WEISS Y PREUSCHE
PATRICIOS 249
1916

JUNTA EJECUTIVA DE LA COMISIÓN NACIONAL

PRESIDENTE:

Francisco P. Moreno

VICEPRESIDENTE:

Juan M. Garro

SECRETARIOS:

Gabriel Albarracín, Jorge A. Echayde

TESORERO:

Federico Santa Coloma Brandsen

VOCALES:

*José Juan Biedma, Juan W. Gez, Juan E. Guastavino,
Juan F. Moscarda, Manuel María Oliver, Juan A. Pradere,
Tomás Santa Coloma*

DIRECCIÓN: VICTORIA 328.—BUENOS AIRES

R. M. del S. Arm. de Ab. Lacantid. de tres
2.ª Seg.ª laura de la B.ª. Mend. en. 1.ª de
1816.

Lon 32.

Armejo de miy.ª. Mangas -
Carlos del Collado

«En veinticuatro días hemos hecho la campaña, pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluimos con los tiranos y dimos la libertad a Chile...» palabras del General San Martín en el parte detallado de la batalla de Chacabuco. Santiago de Chile, Febrero 22 de 1817.

El Carretillero José Ignacio Bargas hizo dos
viajes de Carretilla en acarreo de Carbon.

a 1 1/2 r. el
viaje

Maest 7.º del Estado 2.º de Div. de 1815.

Luis Beltrán

S.º B.º
Plaza

Campo de instrucción. En. 8.º
Páguense los treinta y tres
reservia

Mr. Montoya

CONMEMORACIÓN DEL CENTENARIO
DEL
EJÉRCITO DE LOS ANDES

CONMEMORACIÓN DEL CENTENARIO
DEL
EJÉRCITO DE LOS ANDES

1910 - 1911

Este libro forma parte de la
colección de libros y documentos
de la biblioteca de la
Junta Directiva.

BIBLIOTECA NACIONAL
MENDOZA

BUENOS AIRES

EDITADO POR LA JUNTA DIRECTIVA

1910

ENERO 19 - FEBRERO 12 DE 1916

JUNTA EJECUTIVA. — I

CONMEMORACIÓN DEL CENTENARIO
DEL
EJÉRCITO DE LOS ANDES

PARTIDA DE MENDOZA. - PASO DE LOS ANDES. - TRIUNFO DE CHACABUCO

(ENERO 19 — FEBRERO 12 DE 1817)

«Haz las cosas pequeñas como si
fuesen grandes, y llegarás a hacer
las cosas grandes como si fuesen
pequeñas.»

BUENOS AIRES
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO J. WEISS Y PREUSCHE
PATRICIOS 249
1916

Conmemoración del Centenario

del Ejército de los Andes

Partida de Mendoza. — Paso de los Andes. — Triunfo de Chacabuco.

(Enero 17—Febrero 12 de 1817.)

Cuando algunos de nosotros iniciamos, en octubre de 1910, la fundación de «La Asociación de la Gratitud Nacional», que tendría por principal propósito honrar, una vez que la sanción pública bien documentada reconociera su valimiento, los hechos y los hombres constructores de la Nación Argentina, y los que en adelante la engrandezcan y fortalezcan, tuvimos presente multitud de ingraticudes con que la indiferencia del cosmopolitismo, de la fácil riqueza, de las comodidades del progreso actual, con sus vanidades engeguedoras, paga con frecuencia a quienes, con la mente, el brazo y el carácter, nos dieron muchas veces, con su sangre, Patria y Libertad.

Causas que no son para recordarse aquí, desvirtuaron ese propósito y detuvieron la marcha de esa asociación, después de solemnizar el Centenario de la Batalla de Sui-pacha, pero quienes la iniciamos hemos continuado creyendo que es necesario que vuelva a resurgir cuanto antes para bien de nuestra nacionalidad, y queremos aprovechar

con ese fin el próximo centenario de uno de los hechos más grandes de nuestra historia. La religión de la Patria tiene su trinidad sagrada: La Revolución, la Independencia, el Paso de los Andes, tres hechos que se funden en uno solo. Sin el 25 de Mayo, no hubiera habido 9 de Julio, y sin el Paso de los Andes y sus resultados previstos, la revolución y la independencia no hubieran dado los frutos que hoy impulsan la Nación, o cuando menos, la libertad de media América del Sud hubiera tardado largo tiempo en ser una realidad, si el esfuerzo argentino no la hubiera llevado a los pueblos hermanos.

*
* *

El Centenario de la partida del Ejército de los Andes, de la ciudad de Mendoza, en los días 18 al 23 de enero de 1817, no ha preocupado hasta este momento a la gratitud del pueblo. Es necesario que éste despierte y al prepararse a honrar tales fechas, debidamente, aproveche la circunstancia para confesar y enmendar ingratitudes relacionadas con tan grande acontecimiento histórico.

Mendoza cuenta ya con el monumento con que la Nación ha querido rememorar no sólo la más grande de las hazañas argentinas, por las prolongaciones que tuvo, sino también recordar a los que vivimos en el presente, y a nuestros hijos en las generaciones venideras, que no hay sacrificio y esfuerzos que se omitan cuando la Patria los exige para su tranquilidad y para aliviar los pueblos oprimidos; pero no basta este magnífico testimonio de gratitud y de enseñanza.

Un poco de historia justificará el paso que damos ante la opinión nacional, al iniciar el movimiento que ha de despertar en todo el territorio argentino la gratitud y la memoria de los sucesos y los hombres que en ellos actuaron hará pronto cien años.

El general San Martín dirigiéndose desde Tucumán a su amigo N. Rodríguez Peña, en marzo 22 de 1814, decía-le: «Ríase Vd. de esperanzas alegres. La Patria no hará camino por este lado del Norte que no sea una guerra perfectamente defensiva, defensiva y nada más; para eso bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones buenos de veteranos. Pensar en otra cosa es echar al Pozo de Ayron hombres y dinero. Así es que yo no me moveré ni intentaré expedición alguna. Ya le he dicho a Vd. mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos, para acabar también con los anarquistas que reinan; aliando las fuerzas, pasaremos por mar a tomar a Lima; ese es el camino y no este, mi amigo. Convénzase usted que hasta que no estemos sobre Lima la guerra no se acabará... Lo que yo quisiera que ustedes me dieran, cuando me restablezca, es el Gobierno de Cuyo. Allí podría organizar una pequeña fuerza de caballería para reforzar a Balcarce en Chile, cosa que juzgo de grande necesidad si hemos de hacer algo de provecho, y le confieso que me gustaría pasar mandando ese cuerpo». La debilidad moral de la revolución en ese tiempo y los medios de darle nuevo temple en vista de las incidencias a que esa debilidad daba lugar, empujaban las miras del gran Capitán hacia el Oeste y allí lo llevó su aspiración clarovidente.

Nombrado el 10 de agosto de 1814 Gobernador Intendente de Cuyo, recibióse del cargo en septiembre siguiente. Dice Mitre: En la Provincia de Cuyo, tan pobre de recursos y de tan corto número de habitantes, pudo emprender y llevar a término la ardua y hasta entonces imposible empresa de crear un ejército invencible, alimentarlo por espacio de tres años con la substancia de una sola provincia, tomar por primera vez la ofensiva en la guerra Sud-Americana y dar libertad a dos repúblicas, dando a la vez expansión continental a la revolución argentina y forjar la unión de esta América que no fué dominada jamás. El hombre había encontrado en su camino el país que necesitaba para su empresa y el país supo responder a ella, dando con abnegación todo cuanto tenía desde su trabajo personal y sus bienes hasta la sangre de sus hijos».

Oigamos al mismo San Martín: «En 1814, me hallaba de Gobernador en Mendoza. La pérdida de Chile dejaba en peligro la provincia de su mando; yo la puse en estado de defensa hasta que llegase el tiempo de tomar la ofensiva. Mis recursos eran escasos y apenas tenía un embrión de ejército, pero conocí la buena voluntad de los cuyanos y emprendí formarle bajo un plan que hiciese ver hasta que grado puede apurarse la economía para llevar a cabo las grandes empresas» Mendoza, y con ella lo demás de Cuyo,—San Juan y San Luis—desde ese día iluminan la senda de la libertad en medio de las oscuridades de la Revolución de Mayo y en los días trágicos que obligan a la declaración de la Independencia de Julio. Ningún sacrificio economiza para la obra salvadora. «El que quiere no muestra dificultades»; fué el santo y seña de la división Las Heras la noche

víspera del trasmonte de la cumbre de Uspallata y, es de pensarlo, que su jefe al darla recordó sin duda los esfuerzos de Cuyo que le facilitaban la gran tarea. Hombres, dinero, recursos de todo género, surgieron como la obra de la maga patria, para crear, disciplinar, y pertrechar al Ejército de los Andes, y lo que no pudo realizarse en los centros de los grandes recursos, sus hijos lo hicieron con una abnegación ejemplar.

Durante tres años continuos obedece y aún se adelanta a la acción del general San Martín. «Si Buenos Aires y el Director Pueyrredón se redujeron a extrema flacura por robustecerlo, Cuyo le entregó cuanto tenía, no diré la Provincia, que eso sería nada, sino cuanto tenía cada vecino: ropa, mulas, caballos, peones, alimentos, charques, enseres, y hasta trevejos, porque nada quedó en la casa de aquellos sobre que el General echaba el ojo, con alguna idea de utilizarlo, que al momento no le fuera entregado con una buena voluntad exquisita que rozaba en el entusiasmo» ha dicho Vicente Fidel López, y Sarmiento antes que López: «San Martín levantó sobre las provincias de Cuyo una contribución forzosa de cien mil duros; declaró libres a todos los esclavos de veinte a cuarenta años para enrolarlos en el Ejército; enregimentó todas las tropas de mulas y carretas para el servicio; hizo el catastro de la fortuna de cada individuo, para establecer una contribución mensual en especies y en dinero para el sostenimiento, durante dos años, de cinco mil hombres. Todos los caballos y alfalfares fueron confiscados en favor del ejército.

«Se repartieron contribuciones de semillas para proveer de granos al consumo de toda la parte de la sociedad adulta

que el estado tenía a su servicio. Los jóvenes de clase acomodada fueron enrolados en clase de cabos, sargentos y cadetes. Todos los artesanos de Mendoza, encerrados en la Maestranza, trabajaron dos años, a ración y sin su sueldo, con todos los pertrechos necesarios. Nada se pagaba por que el dinero era escaso, y las erogaciones enormes. Los tercios de guardia cívica, en que estaba enrolado todo el comercio y la juventud elegante, tenían por incumbencia de servicio ir a rozar con sus propias manos el campo de evoluciones, terraplenar el suelo, y lo hacían cantando al compás de la azada: «Oid mortales, el grito sagrado...

«El resultado de esfuerzo tan gigantesco hecho por tres provincias tiranizadas, estrujadas, para que diesen lo que naciones enteras no pueden dar a veces, fueron las batallas de Chacabuco y de Maipú, muy gloriosas para la América; las madres sanjuaninas, mendocinas y puntanas no supieron de ellas, sin embargo, que mil doscientos de sus hijos habían muerto gloriosamente allí y en Talcahuano. Conocimos una de éstas en 1845 (Sarmiento imprimía esto en 1850) que había dado para el ejército ocho hijos suyos.

Nunca desmayó Cuyo en estos sacrificios, ni perdió la fe en sus resultados, no obstante las desgracias de la Patria en otros rumbos.

Cuando llegó la noticia del desastre de Sipe Sipe, en momentos en que recién se formaba el Ejército para contener un posible desaliento, bastó el brindis de su jefe: «Por la primera bala que se dispare contra los opresores de Chile del otro lado de los Andes» y agrega Mitre: «Desde ese momento el paso de los Andes y la reconquista de Chile dejó de ser una idea y empezó a ser un hecho visible. La revolución ame-

ricana iba a tomar por primera vez la ofensiva y la suerte de la guerra iba a cambiar» y su éxito, sin duda, se debió en principalísima parte a la perseverancia de Cuyo. Allí estuvo la cuna del ideal colectivo. Nadie discrepó en el sentimiento de la libertad de América en esos tres años. Fué el constante pensamiento de soldados y civiles, ricos y pobres. Ni los desastres trasandinos que trajeron las inmigraciones de los derrotados en Rancagua, con los sinsabores que la hospitalidad recibió por pago, amenguaron su entusiasmo. De Buenos Aires a Jachal; en el llano, en la montaña, en cada lugar, en cada posta, entre el chirrido de las carretas y durante la lenta marcha del arreo cuyano, resonaban los aires de la Canción nacional.

Y así llegó el día de la prueba, el de la marcha del Ejército de los Andes que había surgido de tal esfuerzo sin par y con él la gloria de Cuyo. Todo lo dió «en el deseo de contribuir al triunfo de la sagrada causa de los argentinos»: las damas se desprendieron de sus joyas, y los pobres de sus harapos para cubrir los tamangos y las ojotas de los soldados libertadores. Ante tal actitud patriótica San Martín exclama: «La benemérita Provincia de Cuyo» «virtuoso pueblo de Cuyo» «Heróica Mendoza cuyas virtudes honran el nombre americano». «Sólo la provincia de Cuyo es capaz de hacer tales esfuerzos». «Para moverme necesito trece mil mulas (para vencer luego en Chacabuco y Maipú) que todo es preciso hacerlo y sin un real, pero estamos en la inmortal Provincia de Cuyo y todo se hace». «No hay voces, no hay palabra para expresar lo que son estos habitantes!»

¿Qué decir de la proclama del gran Capitán el 24 de enero de 1817, al partir para unirse al Ejército en marcha?: «Com-

patriotas. Sería insensible al atractivo eficaz de la virtud si al separarme del honrado y benemérito pueblo de Cuyo no probara mi espíritu toda la agudeza de un sentimiento tan vivo como justo. Cerca de tres años he tenido el honor de presidirle, y la prosperidad común de la Nación puede numerarse por los minutos de la duración de mi gobierno.

«A ellos y a las particulares distinciones con que me han honrado, protesto mi gratitud eterna y conservaré indeleble en mi memoria. a sus ilustres virtudes. Seré de los habitantes de esta Capital en toda circunstancia y tiempo, el más fiel y verdadero amigo, *José de San Martín*». El mismo día que entraba en Santiago al frente del Ejército de los Andes, vencedor en Chacabuco, uno de sus primeros actos fué dirigirse al Gobernador de Cuyo, precediendo el anuncio del triunfo tan ansiado con estas imborrables palabras: «Glóriese el admirable Cuyo de ver conseguido el objeto de sus sacrificios. Todo Chile ya es nuestro». ¡A tal hazaña había contribuído el esfuerzo personal de más de la décima parte de su población entre soldados y milicianos.

¿Cómo la Capital de la Nación paga hoy estas deudas para con Cuyo? Borrando de la nomenclatura de sus calles las que durante casi un siglo llevó ese nombre que le fue dado en los días gloriosos. Si dos décadas atrás se hubiera tratado de borrar el nombre de Cuyo para darle otro, por ilustre que fuera, Sarmiento hubiese formulado su terrible protesta por tamaño desacierto. No había derecho para cometer tal ingratitud; se sombreó así, la memoria de Sarmiento

Lo que en mala hora se hizo en 1911 debe ser corregido y el nombre de Cuyo reaparecer en el plano de la Capital en una de sus principales arterias.

Falta grande hace una ley que reglamente el inciso 17 del Artículo 67 de la Constitución Nacional. Más honor hay en la nomenclatura de pueblos, ciudades futuras, plazas, calles, que en un monumento de bronce, piedra o ladrillo, y, sin embargo la capital de la Nación, prescindiendo de otros centros, abunda en nombres que a existir tal ley no figurarían en esa nomenclatura. No hay derecho de personas, corporaciones, instituciones comerciales e industriales, más o menos prestigiosas, a consagrar en esa forma nombres sin otro título que su mucho dinero o algún otro motivo ajeno a la justicia póstuma, nombres que serán suprimidos una vez que la reflexión y el tiempo los olvide o los considere sin merecimientos a la gratitud nacional. Esa ley, sujetaría precipitaciones, y discusiones, dando lugar al juicio sereno de la opinión pública.

Y, a la ingratitud para con Cuyo, hay que agregar la que se comete para con el Ejército de los Andes. Honrarlo y comprender esta honra es aumentar la fuerza nacional. Nada más grande, en verdad, en nuestra historia que la organización y los servicios del Ejército de los Andes, nacido en Cuyo, y también, nada más olvidado que él en momentos que se aproxima el Centenario de su primer movimiento: el Paso de los Andes. Los que estudian esa organización y esos actos, a medida que lo profundizan, más se conmueven. Aquellos soldados que partían calzados con tamangos y ojotas apenas cubiertas con míseros trapos, fuertes en la confianza en la causa y en el jefe que los dirige; que llevan el nombre argentino hasta Pichincha y Ayacucho, recorriendo, siempre escasos de todo, más tierra que los ejércitos de Napoleón, sin más ambición que libertar a

pueblos y sin más pago que el cumplimiento del deber; esos soldados, que obedeciendo la consigna triunfan el mismo día en Copiapó, en Coquimbo, en Chacabuco, en el Portillo, en Talca, quizá caso único en la historia militar del Mundo, merecen también ser recordados en una gran Avenida de la Capital. Ya que no se ha esperado la sanción de la historia para bautizar las dos diagonales, si no se puede modificar este hecho impremeditado, ¿por qué no dar el nombre de Avenida Ejército de los Andes y Avenida del Ejército del Norte a dos grandes avenidas que un día puedan converger en el Campo de Mayo, honrando así los Ejércitos de San Martín y Belgrano?

Solo procediendo de esta manera, los hijos de la Capital Federal podremos asociarnos, sin que en nuestro rostro asome la vergüenza, a los actos con que en enero y febrero del año próximo se ha de conmemorar el Centenario de la partida del Ejército de los Andes, del Paso de los Andes y de Chacabuco. Indudablemente los niños y los jóvenes han de tomar parte principal en esos regocijos, que no digan, entonces, que sus padres fueron y son ingratos. Si se puede realizar la idea de que animosos y ansiosos de ser verdaderos ciudadanos, jóvenes argentinos, eficientes, rehagan las marchas de Zelada, Dávila, Cabot, San Martín, Las Heras, Lemos, Freire, a través de los Andes, y visiten el teatro de las hazañas de los soldados del Ejército de los Andes, en Chile, Perú, Ecuador y Bolivia, tal hecho iniciará una era de reacción nacional, que mucho la requiere nuestro país, en estos duros tiempos en que el amor de patria resiste las más grandes pruebas contrarias, en medio mundo. No solo pagaríamos deudas de gratitud co-

lectiva, unificaremos con esos recuerdos el ideal nacional: una República Argentina grande, fuerte y útil a propios y extraños.

No necesitan estas iniciativas crecidas sumas de dinero, ni iluminaciones y los actos teatrales costosos, con que nuestro exotismo se ha contentado en los últimos tiempos. Bastará con aquello que mejor recuerde cómo se hizo y cómo se engrandeció la patria que tanto olvidamos, y cuyo culto no exige más altares que el que le brinda la naturaleza para entronizar sus ideales.

Buenos Aires, Mayo de 1916.

Gabriel Albarracín, Diógenes Aguirre, Carlos M. Aldao, Ricardo Aldao, Amable Alvarez, Manuel P. Antequeda, José Juan Biedma, Juan Canter, José Luis Cantilo, Francisco Centeno, Carlos Correa Luna, Manuel Domecq García, Jorge A. Echayde, José M. Ezaguirre, José A. Farini, Emilio Frers, Juan R. Fernández, Juan M. Garro, Juan E. Guastavino, Juan W. Gez, José Marcó del Pont, Juan F. Moscarda, Gerardo Meana, Francisco P. Moreno, Manuel María Oliver, Enrique Peña, Agustín Piaggio, Manuel Prado, Julio Pueyrredón, Honorio Pueyrredón, Carlos Ripamonte, José G. Rivas, Dardo Rocha, Tomás Santa Coloma, Enrique de Vedia.